

PALABRAS DE GEORGES BERNANOS

En su primera novela, *Bajo el sol de Satanás* (1926), ya están patentes sus preocupaciones religiosas. Bernanos ahonda en la psicología del hombre donde tiene lugar el enfrentamiento entre el bien y el mal, la fe y la desesperación. Publicó, entre otros títulos, *La alegría* y *Diario de un cura rural*. Charles Moeller califica a este escritor francés como *profeta de la alegría*. Elijo tres textos para conocer su espíritu:

1 – Sobre el poder del pecado

Este texto recoge la conversación del cura rural con la Condesa: *“La semilla del mal y la del bien vuelan por todas partes, dijo el cura. La gran desgracia está en que la justicia de los hombres interviene siempre demasiado tarde: reprime o marchita los actos, sin poder remontarse más alto ni más lejos que el que los ha cometido. Pero nuestras faltas ocultas envenenan el aire que otros respiran, y determinado crimen, del que un miserable llevaba el germen sin saberlo, jamás hubiera hecho madurar su fruto sin este principio de corrupción.*

-Eso son locuras, simples locuras, sueños malsanos, interrumpió la Condesa. (Estaba lívida). Si se pensara en esas cosas, no se podría vivir.

-Lo creo, señora: creo que si Dios nos diera una idea clara de la solidaridad que nos une a los demás, para el bien y para el mal, no podríamos, efectivamente, seguir viviendo” (Diario de un cura rural).

2 – Sobre la alegría

La niña Chantal nos da la última lección mientras asiste a la muerte del cura de Chevance: *“Quisiera daros lo que tengo, dijo suavemente, lo que vos amáis tanto, y que yo no necesito ahora -ya no lo necesitaré nunca, nunca-, mi Alegría, mi pobre Alegría, que os agradaba. Os he obedecido siempre sin trabajo, como vos deseabais ser obedecido, con alegría. Y, después de todo, es muy posible que esta alegría fuese vana... Acaso convenga también que yo aprenda a administrar la maravillosa esperanza, cuya fuente consideraba inagotable, esa esperanza que yo prodigaba sin reparo, locamente, como un regalo sin valor. La esperanza, después de todo, es la palabra divina, y la palabra divina es a la vez suave y terrible. He sonreído demasiado a la muerte, como a todo lo demás: es justo que vea hoy su verdadero rostro. Lo he visto. Y la acepto tal como me la habéis mostrado: la recibo verdaderamente de vuestras manos... Ahora os suplico que os limitéis a ser dichoso, dichoso como era yo dichosa esta mañana, viéndoos dormir, tan tranquilo, fuera ya de nuestra presencia, mitad en la sombra y mitad en la luz...”* (La alegría).

3 – Sobre la esperanza teologal

La esperanza es su palabra final: *“La esperanza, he aquí la palabra que yo quería escribir. El resto del mundo desea, codicia, reivindica, exige, y llama a todo esto esperar, porque no tiene ni paciencia ni honor, porque sólo quiere gozar, y el goce, en el sentido propio de la palabra, la expectación del goce, no puede llamarse una esperanza: sería más bien un delirio, una agonía. Por lo demás, el mundo vive demasiado aprisa, el mundo no tiene ya tiempo para esperar. La vida interior del hombre moderno tiene un ritmo demasiado rápido para que se forme y madure en ella un sentimiento tan ardiente y tan tierno; el hombre se encoge de hombros ante la idea de estas castas nupcias con el futuro... La esperanza es un alimento demasiado suave para el ambicioso; le podría en peligro de enternecer su corazón. El mundo moderno no tiene tiempo para esperar, ni para amar, ni para soñar. Son los pobres los que esperan en su lugar, del mismo modo que los santos aman y expían por nosotros”* (EH)